

para seguir su razonamiento y analiza el punto de la libertad. Para ser libre —piensa Dal Pra— el hombre debe, no ya construir una visión metafísica de lo real, o suponer pragmáticamente un sentido intrascendente al ser, sino suspender la misma actualidad de todo principio mundano o supramundano. El caso es que la metafísica no ha impedido nunca el florecimiento de la libertad, y ya sea en el seno de la metafísica trascendística o de la metafísica inmanentista, la libertad ha encontrado y sigue encontrando el modo de lanzarse a lo actual, a despecho de toda actualidad intrascendente.

Cree Dal Pra que la Filosofía de hoy, no obstante su profunda aversión por la metafísica de la trascendencia, está recayendo inconscientemente en una metafísica de tipo inmanente, y que está dando un paso relevante hacia la metafísica del devenir. Y mérito del existencialismo principalmente es haber puesto luz en la estructura problemática de lo real, que resulta como una profundización crítica del mismo devenir. De aquí que el existencialismo de Abbagnano insista en la declaración de que el nuevo iluminismo acepta el carácter problemático que la Filosofía reconoce en sí misma, porque la realidad es problemática en sí misma. Abbagnano ve en la Filosofía contemporánea el progreso afirmarse de la categoría de lo posible contra la de lo necesario.

No metafísico por excelencia se considera hoy también el pensamiento que toma el nombre de operativismo, cuyas premisas se basan en un afinamiento del neo-positivismo y en el más reciente análisis del lenguaje. Analiza a Geymonat. Este afirma que el operativismo es la respuesta más radical que se puede dar a la crítica crociana del valor cognoscitivo de la ciencia exacta. Es de advertir que el operativismo pone de relieve el carácter facto-operativo de todo el conocimiento, ya sea común, científico o filosófico. Es siempre un conjunto de actos, conscientes o inconscientes, realizados por el sujeto que hace uso del conocimiento.

Geymonat conserva a través de su lenguaje, críticamente muy cuidado de su prosa, los hitos de una metafísica inmanentista. Habla del contenido operativo de las categorías aplicadas en el proceso del conocimiento, como de una descubierta que se presenta como única salida posible de la situación histó-

rica particular en la cual han venido a encontrarse los procesos de conocimiento. Así, pues, el operativismo se presenta como el heredero de un historicismo racionalista.

Concluye Mario Dal Pra su razonamiento con estas palabras: «Si, tal cual se ha argumentado, el inmanentismo no puede reivindicar para sí el carácter de criticidad, por el simple hecho de ser inmanentismo antes que trascendentismo; si, pues, la metafísica inmanentista es arbitraria y pragmática al par que toda metafísica; si, por otra parte, los propagadores más críticos del pensamiento contemporáneo están continuamente en la tentación de dejarse sumergir en la metafísica inmanentista; es conveniente que nosotros volvamos nuestro esfuerzo a la radical suspensión de toda presuposición teoricista, combatiendo aquel actualismo que parece profundamente radicado en nuestras costumbres y que roba el tono religioso a tanta parte de la vida y del pensamiento contemporáneos.»—I. PEIDRÓ PASTOR.

LENI DI SPADAFORA (Francesco): *Il superamento dell'alterità nel conoscere*, en «Sophia», Padova, año XXIII, fascículo II, año 1955, págs. 156-163.

En nuestra filosofía del aproximativismo habíamos ya postulado que la contradicción entre realismo e idealismo está sobre todo alimentada por la filosofía formal propia de la lógica de la identidad, pero que la visión de la realidad, como un permanente devenir, obliga a dejar la lógica de la identidad para intentar aproximarnos intelectualmente al continuo e irrepedido proceso de la realidad. Incluso en el orden personal el espíritu no es sino el desarrollo de la conciencia de sí mismo, por lo que la actividad no es nada que se superponga a la realidad, sino que la realidad misma se ofrece como actividad. Así, el acto visto por el realismo implicaba un actor, un principio activo y, al mismo tiempo, un supuesto pasivo. Por otra parte, el idealismo encerraba la actividad en el ponerse del sujeto como objeto para que el acto tuviese la polaridad agente-paciente. Pero pensemos en que el modo del acto no trasciende al acto, que el espíritu en cuanto promotor del proceso no trasciende al proceso y que, por consiguien-

te, no cabe una concepción idealista del actualismo ni tampoco una concepción realista, sino la superación en un actualismo que sea la versión aproximada del proceso de la realidad. En este sentido la alteridad en el proceso del conocimiento es una fórmula que no responde al hecho de que la conciencia sea esencialmente el proceso actualizador y actualizante en el que se integran, sin caer en la concepción idealista, el sujeto y el objeto. La objeción que se puede hacer es la del momento inicialísimo en el que el ser humano es *tabula non inscripta*. En este momento no habría conciencia y, por consiguiente, la fundación continuada del yo tendría que empezar en un momento dado anterior en el cual no cabría, propiamente hablando, actividad fundante. Pero este momento inicial sería en todo caso inaproximable, porque para su captura sería menester partir ya del hecho de la conciencia.—E. T. G.

GEYMONAT (L.): *Conoscere e agire*. «Rivista di Filosofia», vol. XLIII, 1952, número 1, pág. 45 y sigs.

El problema de la relación entre el conocer y el obrar se está discutiendo actualmente sobre el plano del conocimiento concreto efectivamente alcanzado por el hombre en la laboriosa historia de su investigación.

En este artículo Geymonat se propone ilustrar en una primera parte algunas de las argumentaciones actuales aducidas en favor de la unificación del conocimiento con el obrar; y examinar en una segunda parte las dificultades que a ello se oponen, tentado, a la vez, dar una posible solución con cierto aire de novedad.

Divide la primera parte en cinco apartados, a través de los cuales va desenvolviendo aquellas argumentaciones en pro de la unificación, y que no pueden resumirse aquí. Una de ellas se refiere al lenguaje, pues uno de los argumentos más eficaces para aquel fin consiste en aclarar las operaciones prácticas presupuestas en cada una de las presuntas categorías del lenguaje común y científico, en el sentido de que los conceptos científicos más simples y básicos no son el fruto de una pretendida «visión teórica» de los hechos, sino de un complejo de operaciones; consciente o inconscientemente seguidas por

aquel sujeto que hace uso de las mismas.

La ciencia que durante milenios ha constituido el más típico ejemplo de pura visión intelectual de contemplación exenta de toda operación práctica es la matemática. Esta constituía una «visión platónica». Pues bien, hoy se excluye tal posición y se reconoce el valor de la célebre fórmula de Vico, según la cual el hombre conoce la matemática porque la elabora.

No obstante, sería erróneo creer que sólo a la matemática se aplica el factor operativo. En realidad, todo el procedimiento científico se identifica con el obrar práctico. Aquella distinción tripartita entre enunciación del teorema, demostración y aplicación del mismo, según la cual se consideraba la primera como independiente del obrar humano, mientras las otras dos dependían de nuestro limitado obrar, no tiene ya razón de ser.

No es fácil medir las consecuencias de este cambio. La concepción moderna viene a decir que no podemos considerar la proposición científico-cognoscitiva como entidad en sí, estática, al margen del curso efectivo de los actos que la preceden y la siguen. Poseer un conocimiento equivale, desde este punto de vista, a poseer una técnica de control; a saber comprender una larga cadena de actos, cualquiera de los cuales es esencial al resto de la cadena y no puede concebirse fuera de su lugar, entre el acto que le precede y el que le sigue.

Es este uno de los argumentos más atractivos en favor de la unificación de conocer y obrar.

La exigencia de la fecundidad del saber es, en nuestros días, uno de los caracteres que se proclaman a coro en todo intento serio de investigación. No sólo el matemático y el físico, cualquier científico moderno sabe que la más armónica concepción, la más ardua hipótesis cae en la indiferencia si no revelan conexión con el resto del saber y fecundidad de consecuencias particulares verificables.

¿Quiere decir esto un retorno a la teoría de los pragmáticos? No lo cree así Geymonat. Significa que la fecundidad de una proposición (no sólo respecto a sus aplicaciones prácticas, sino también respecto a su desenvolvimiento teórico) constituye el criterio intrínseco de su valor.